

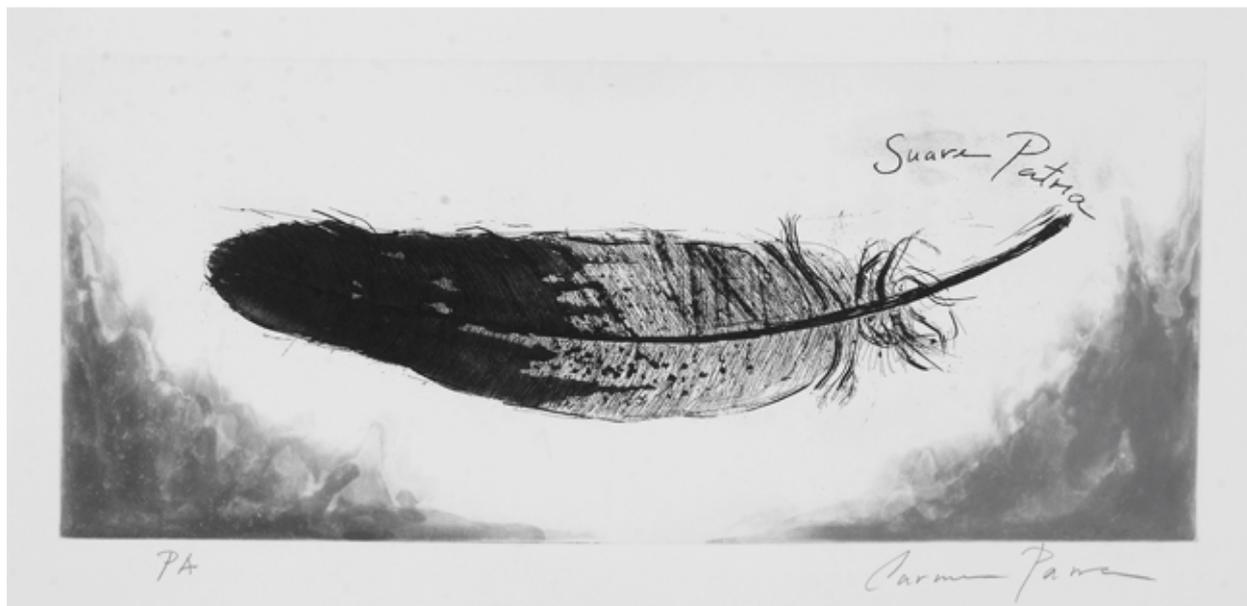
En el aire de Carmen Parra

María Luisa Mendoza

A partir de un acercamiento a La suave Patria de Ramón López Velarde, una de las cumbres de la poesía mexicana del siglo xx, la pintora Carmen Parra, con una de las trayectorias más aplaudidas de la escena visual contemporánea, inauguró en marzo pasado, en el National Museum of Mexican Art de Chicago, Illinois, una exposición con nuevas obras que estará abierta hasta este mes de agosto.

Toda una vida en la canica del relato breve, la pluma, el suspiro, el parpadeo. Me he pasado la vida sentada frente a los óleos de Carmen Parra en distintos estudios atiborrados de luz, perros, flores, libros y retratos del más allá y acá, donde estamos emparedados su luminoso padre Manuel, su hijo, sus nietos, y todos los que hemos vivido su verdadera vida aquí y en el mundo entero. Relatarla, empezando por su hermosa alta frente, sus ojos tan bellos, y la sapiencia acumulada en los años que el destino reunió en su rostro sonriente detrás del cristal del restaurante que está juntito a la catedral de Notre Dame en París, haciéndonos señas a mi esposo y a mí para asombrarnos de saber una vez más de las asombrosas casualidades que la vida a veces te ofrece... ¡Riqui y yo íbamos a disfrutar las granadas rojísimas de París, nuestras lecturas sin fin por el planeta, los recuerdos de las novelas en las que no figurábamos más que como lectoras en las azoteas de nuestras

casas y luego comunicándonos lo experimentado en las ciudades mágicas, las tundras, las selvas, los desiertos y las montañas de nuestra tierra que era lo realmente experimentado! Todavía no teníamos a Emiliano, su delirante hijo, cajón de sorpresas, insólito dador de buenas nuevas, asombroso buen marido, mejor padre, hijo adorado... Estábamos aún solas en el decir de las reproducciones... yo creía que acompañada para siempre jamás porque embarazarse de París día a día no puede ser —suponíamos— más que para siempre. No fue así y tampoco importa hoy, dilucidando unas letras para contar, como en los viejos tiempos de *Las mil y una noches*, de un jalón y un tranco la maravillosa vida de mariposa que recorre el cielo sólo para posarse en los oyameles mexicanos y volver, terca, saciada de maternidad, a los gélidos hielos desde donde vuelan a Michoacán que es una especie de jardín no de la tía Chabela sino de Fernando Ortiz Monasterio.



Carmen Parra, *Suave Patria*

Iba a seguir Brasil donde hay todos los quesos del mundo, más que en Francia, y los palacios están atiborrados de hombres blancos y las cocinas de negros, y cuando tú sabes más o menos la historia de ese país maravilloso preguntas inocente dónde están ellos, los hacedores de las tierras de las novelas y todo el mundo finge demencia... Pero la pintora iba a encontrarse una vez más con el amor y por eso ella no se daba cuenta de las ausencias tan presentes. Yo conocí Brasil con la misma sed y mucho escapó a mi ansia provinciana, pero en Carmen Parra que es pintora más que escritora, aunque ahora ya nos hace la competencia a los de la letra lo único mirado por su preciosa ánima era, digo, repito, el amor.

De cualquier modo en su patria o en el país que visita con incesancia ella vive los paisajes, los aires, los árboles y recibe a sus amigos con la misma pasión que lo hace al acoger a sus nietos para llenar de oro todavía más lo envolvente. De ese trópico apoderador de cada instante vivido van quedando rasgos, tenues brisas, ventarrones. Y de sus mujeres pintadas al borde de la tela mirando el infinito, desarmadas de los arcángeles de ayer, nos las encontramos con raptos evangélicos en Santa Teresa eternamente arrobada con Dios y alejándose en levitación de la tierra... Recorrer la divinal ciudad de Ávila una tarde gélida es pasear con Teresa en la evangelización de las razones de Dios, como si el pincel de Parra se empeñara más aun de hacernos encontrar la tierra perfecta del Señor ya sin este sufrimiento nuestro, tan compartido con los animales, digo. Santa Teresa está en éxtasis como se nos mostró en el telón de fondo de *Donna Giovanni* hace años teatrales, la transformación del don Juan de Mozart, divina puesta en escena anunciándonos a Santa Teresa a través de los talentos de Jesús Rodríguez y Alicia Urreta en la música, las dos con Parra configurando el nacimiento del talento en México. Desde el cielo Fiona Alexander las bendijo. Y traigo

a colación los datos porque se tatuaron el alma cuando vi el milagro revisitado a mitad del foro con Santa Teresa de Ávila, hermana de las desesperadas.

Es locura temprana o senil ponerse aquí a enumerar el asomo a la grandeza de Carmen Parra y su exposición, su estancia en París como personaje de Proust. Debo situarla en su hoy y en mis recuerdos. Es la ventaja de ser su testigo de cargo hace tantísimo tiempo. Imposible hacer a un lado las instantáneas de nuestra caminata en el destino común. Por ejemplo, mirar desde su cama pasar ultrarrápidos los autos de un periférico ciudadano detrás de la copa de los árboles... como se menean pachones y bailones desde las canciones coloniales cervantinas cantadas en Guanajuato, reencarnación de España. Oír música sacra mientras trabaja... Parra y yo en calma, la observo pintar cosas verdaderamente labradas a pinceladas como notas musicales del terreno celestial o de la piel de la tierra, la memoria del agua... insta como el caballo de la canción: "ligerita como el rayo", y huele el taller a aceite y a flores, esos admirables paquetes que encaja en tibores atiborrados sin detenerse en ramitos floreados sino administra tlegas de margaritones, nubes, heliotropos, cucuruchos-alcatraces, retornando los huertos a las esquinas de su casa o cegando las chimeneas en tiempos de calores para apretarlas de gardenias. Es la belleza que aroma. Y ya que andamos en los sentidos: gustar su mesa llena deleitosa, su buena cocina cocinera de los poemas, ya sean humildes huanzontles o prodigiosos huachinangos según el día o el año o si llueve o nieva. Recetas de las señoritas Peña de Mazatlán, las hijas del Rector, hermosas ellas y el abuelo de Carmen Parra Peña. Los braceros de Santa Teresa chisporrotean en sus confecciones de guisos majestuosos. Flamas en el Bajío o en el mar de su casa hecha por ella en el Atlántico para ser feliz con los suyos y nosotros somos los suyos. Por fin tocar —de tocar— el terciopelo verde seco de la chaqueta siciliana, los

muarés de las enaguas de Siena, o de la tiendecita del pueblo español de donde vino su estirpe —como todas nuestras estirpes—; igual pasa su mano en la cerámica de Gorky o las frutas recién cortadas en la huerta de Santa Rosa, o en las rasposas bolsas de yute como valijas de viaje, todo en el mercado Juárez de Guanajuato que es la copia, digamos, de Saint Lazare parisino, la estación para ir y venir en ferrocarril en el puro sueño... Tocar algo en la casa de la pintora es un puro escribir en pleonasmo, o el terrible *endo* y *ando* de los textos del gerundio, quiero decir pero en el género de lo deleitoso, quiero decir que los cojines, las cortinas, los pisos, las paredes del elevador forrado, los mosaicos de juntito a la estufa-bracero, en fin, pasando por los cristales biselados de las ventanas y la textura de los helechos y los crisantemos de los balcones... Deleites en las yemas de los dedos. Es decir que ya visualizamos el ver, el oír, oler, sentir y tocar... falta pasar lista a los perros y a los pájaros que todo el día santo ladrarán y cantan felices de la vida.

Carmen Parra, hermana de la cineasta Luisita Riley, lectora insaciable de libros trascendentes, lee periódicos pero pocos, españoles sí, parisinos. Filosóficos, ensayísticos, críticos, te deja turulata de sus autores. Duerme en Guanajuato en las casas hechas por su padre Manuel, sobre todo en Pastita, la casa de las cúpulas no-

vohispanas del ceramista Gorky, junto a la casa de mi primo hermano Romero Yllades, o de la mansión de Ángela Malo, eternamente bailando *La Bikina* en las meriendas instituidas por ella de buñuelos con nata... Riqui sigue siendo Santa Teresa de Ávila y de Guanajuato, los palacios del príncipe de Lampedusa y del mar que se mece en su playa y uno come de él pulpos y lo que se te ocurra viendo el mar de las pinturas de antes, marinas, y es los balcones de Madrid y las plazas y los patios privados de Roma, y es la casa de Colette asomada al jardín donde comprábamos medallas de héroes de a de veras, un reloj que no sirve para nada, es todo y es tanto que no puedo seguir con su currículum de treinta páginas a renglón seguido. Preparémonos a ver, oír, oler, gustar y tocar muchas delicias ensoñadoras más que nos tiene preparadas en la vida que le falta vivir, y allí están Emiliano, Mírela y León para probarlo. Mientras tanto nos vemos en Chicago donde la nieve se hace bolas o remolinos, ballet en el aire gracias al aire, que por eso la galería de Carmen Parra en el pueblo de Tizapán, Distrito Federal, le hace honor llamándose "El Aire". **u**

La exposición de Carmen Parra en el National Museum of Mexican Art de Chicago, Illinois, llamóse *Suave Patria*. Y fue presentada por el cónsul general Carlos Jiménez Macías en enero de 2015.



Carmen Parra, *Altar de los Arcangeles de la capilla de la Catedral Metropolitana*